

los judíos—junto con su melodía. No vamos a entrar en detalles sobre la música, pues carecemos de autoridad para ello; pero sí hemos de decir que presenta un ritmo melódico, movido, alegre y con diferencias de tono que hacen patente la belleza musical de estas canciones nuestras del siglo xv, diferentes, en verdad, a ciertas reconstrucciones y cancioneros que hemos oído; un estudio musical al final del segundo volumen, como apéndice, viene a darnos a conocer cómo era nuestra canción antigua.

El segundo tomo, recién aparecido, en el que son interesantes las variantes del *Gerineldo* que se recogen, está avalado con tres índices: el de los *Incipit*, el de los nombres con sus variantes, de gran interés filológico, y el de voces. Este es, quizá, el índice más importante, ya que en él aparecen más de mil voces que figuran en los romances judíos y que son desusadas en castellano, bien porque son árabes, porque son judías, o bien porque son arcaicas españolas.

Ambos libros comprenden cantares religiosos, de boda y de duelo, y los cantares correspondientes a seis *ciclos* o temas: el ciclo del Sidi (el Cid), el ciclo del Saidi (Zaidi), el ciclo de Roldán, el ciclo de Vergicos, el ciclo de Montealbar (Montalbán o de conde Claros) y el ciclo de Paris.

Arcadio de Larrea, que tiene ya en su haber una buena labor como recopilador de elementos folklóricos—recordamos un magnífico estudio sobre el *dance* aragonés, los *Cuentos populares judíos*, cuentos populares aragoneses y andaluces, etc.—, posee las cualidades necesarias para llevar a cabo este tipo de investigación: ser científicamente riguroso en sus transcripciones, tener el don personal de saber ganarse la confianza del narrador, que guarda la tradición y en muchos casos es reacto a contarlas por diversos motivos psicológicos e incluso religiosos, ya que teme a veces la burla de sus creencias por parte del curioso investigador, y ser viajero “a pie” que recorre los diversos pueblos de la región que se propone investigar, en busca de las preciadas fuentes.

E. W.

UNA INVESTIGACION HISTORICA SOBRE LAS PRIMERAS RELACIONES DE ESPAÑA CON LOS ESTADOS UNIDOS

Es de admirar la ascesis histórica con que los señores Solano y Navarro (1) han considerado el tema de esta supuesta conspiración española. Se traslucen en su ceñida narración las incitaciones que el material estudiado brindaba para la divagación novelesca o para la reflexión moral. La novelable vida de cada personaje—desde la épica de Bernardo de Gálvez a la picaresca de algún comparsa menor—podía atraer al historiador a cada momento, llevándole por caminos de anécdota, no menos desviadores por más interesantes y humanos. Por otro lado, la acción y las palabras de los personajes tientan a cada paso la glosa moral, la reflexión, muy a lo siglo xviii, de la conducta de los hom-

(1) *¿Conspiración española? (1787-89)*. Contribución al estudio de las primeras relaciones históricas entre España y los Estados Unidos de América. Institución Fernando el Católico (C. S. I. C.), de la Excm. Diputación Provincial de Zaragoza, 1949. (Sección de Estudios Americanos, vol. I, 361 págs.)

bres, o el sondaje metafísico de la naturaleza humana: Afirmaciones como las de Wilkinson, de que "el interés regla la pasión de las naciones, como también de los individuos, y el que imputa un motivo diferente a la humana conducta se engaña a sí mismo o procura engañar a otros", o bien que lo que el hombre debe a la patria "está fundado en el amor propio", o que "un ser inteligente, pudiendo obrar con libertad", no "debe fijarse como un vegetal", son compendio de la moral utilitarista y del cosmopolitismo nacionalista, al tiempo que revelan una concepción pesimista de la naturaleza humana, a la que se declara incapaz de obrar por móviles desinteresados en una concepción no muy lejana a la de Rochefoncauld.

Si los autores han huído las tentaciones de la imaginación o de la razón para novelar o glosar, no es, sin duda, por falta de sensibilidad para captar esos matices, ya que en breves observaciones se nos manifiesta transparente el carácter de cada personaje. Por eso he hablado de ascesis histórica, ya que un propósito consciente guía a los autores a presentar hechos y documentos que, con su simple mostración, demuestran su tesis con elocuente evidencia.

Y no es menor el mérito de separar en vivo del cuerpo histórico los sucesos de un tiempo limitado en torno a un acto fundamental. Se necesita una habilidad pareja a la de la disección anatómica para aislar un nervio sin cortarlo o para operar en vivo, ya que los sucesos considerados se traban con todo el resto de los acontecimientos contemporáneos y suponen como fondo la época entera, con su vida y su ideología. Exactamente, ninguna monografía puede ser entendida sin suponer en su lector un conocimiento general de la época y una interpretación unitaria de ella, que respalda las consideraciones del autor y son el fondo sobre que resalta la figura de los hechos considerados. La historiografía aragonesa ha sido maestra en la precisión de lo superfluo y en la exactitud y solidez de lo narrado. Esta tradición va en la sangre y en la formación cultural de los autores de este libro.

Sin duda, la documentación sólida y la exactitud de acciones y fechas son siempre históricamente laudables, sobre todo si en vez de ser lastre erudito que paralice la natural fluencia histórica, son el cauce por el que la vida misma se siente correr. Los sucesos, prendidos así en su contingencia exacta, se nos revelan dotados de esa movilidad y esa incertidumbre que es el ser histórico mismo, porque lo que en un tiempo fué posible—y aquí las oscilaciones en la decisión muestran hasta qué punto se trata sólo de posibilidades—, no se hace, por pertenecer al pasado, necesario.

La documentación y la exactitud de datos eran aquí tanto más obligadas cuanto que contribuyen a demostrar una tesis, a saber: que la llamada "conspiración española", por los historiadores norteamericanos, no fué tal, porque las inspiraciones partieron siempre de los norteamericanos, y si los gobernadores o agentes españoles prestaron oídos y aun alentaron algunas de estas propuestas, el Gobierno español procedió con cauta reserva y no ayudó los separatismos, acaso contra su propio medro, prestando así un indirecto pero eficaz servicio a los nacientes Estados en el momento más crítico de su formación.

El desvelo de los autores ha sido grande, y considerable el material manejado. La obra comprende, tras el breve prólogo del marqués del Campillo y la también breve introducción de los autores, una exposición ordenada y clara de los sucesos de la "conspiración" en siete capítulos, y una concisa y bien fundamentada conclusión de los autores; siguen las eruditas y a veces sabrosas

notas, por las citas que se traen a colación, y después los apéndices, con los documentos utilizados y traducidos, muchos por vez primera en español, y algunos de interés excepcional, como la "descripción anónima del Kentucky", la Memoria de Wilkinson, sus sugerencias y otras propuestas y los informes de Gayoso y Navarro. Índices cronológicos, toponímicos y bibliográficos, de autores y de mapas y láminas, completan la labor erudita, juntamente con doce mapas, que permiten darse una idea justa del teatro de los acontecimientos y la situación de los hombres en él. Si se tiene en cuenta la novedad del asunto en la historiografía española y los documentos reproducidos, así como la importancia universal del tema, se tendrá una idea del valor de este trabajo de investigación.

Al lado de este valor está el humano, al que antes se apuntó. Se transparenta la audacia y el ímpetu juvenil de los norteamericanos y su sentido práctico y utilitario, en contraste con las ilusiones del intendente Navarro; los entusiasmos apasionados e ingenuos del gobernador Miró, la susceptibilidad del agente Gordoquí y la cautela y lentitud de Floridablanca.

La presentación de la obra, muy atractiva y adecuada, conforme acostumbra la Institución Fernando el Católico, con la reproducción en la cubierta, como fondo, del comienzo y el final de la Memoria de Wilkinson.

El interés de la obra trasciende la esfera del historiador, alcanzando la del político y el diplomático, e hiriendo por su densidad humana la imaginación y el sentimiento del hombre en general.

E. F.

OTRA NOVELA DE ZUNZUNEGUI

La flota de Juan Antonio de Zunzunegui ha acrecentado su tonelaje con una nueva novela: *Esta oscura desbandada*, botada en los astilleros de la Editorial Aguilar.

Esta oscura desbandada viene a llenar, en cierto modo, el hueco novelable de la posguerra española. Era ya tiempo. El dramatismo cruento de una contienda—como material novelístico—, sin ser de despreciar, nunca puede equipararse a la angustia existencial de lo que sobrevive en un inestable estado de equilibrio. Así, pues, tanto la temática como la problemática de esta última novela de Zunzunegui presuponen, de por sí, un intento de gran trascendencia. Asistimos, a través de sus páginas, al trastocamiento de valores que sigue a toda revolución, al patético desfile de unos seres vivos, trabajados, que caminan a tientas en una inmensa y *oscura desbandada* hacia la muerte. *Marchamos*—dice uno de los personajes—*confusa y atropelladamente*. Más adelante, otro repite: *Nunca ha dado el mundo un aire de más oscura desbandada que ahora*. He aquí el fondo angustioso de la novela, el clima en que se desenvuelven y determinan los seres. La idea embrionaria viene de Eça de Queiros, en la correspondencia de Fadrique Mendes: "...ajudai-vos uns aos outros! Só assim conseguiremos dar alguma beleza e dignidade a esta escura debandada para a Morte."

El documento, en esta novela de Zunzunegui, se hacía preciso. Se trata de